

cuyos perfiles sólo podrían completarse con la copiosa correspondencia que ha debido permanecer inédita. Puesto que Miguel de Santander mantuvo un nutrido comercio epistolar, no sólo con familiares y otros religiosos—entre ellos su amigo Diego de Cádiz—, sino con todo género de personas que por su prestigio le solicitaban consejo en las más variadas circunstancias. Esto es, al menos, lo que deja ver la publicación parcial de 1805, en que destacan las cartas cruzadas con su primo, Francisco Victorica y con un sobrino cuyo nombre no queda registrado.

En apariencia, es un hombre de un alto grado de austeridad moral. A los particulares que le consultan, dirige continuos consejos de alejamiento del mundo: por ejemplo, a una señora cuyo médico le aconsejara asistir a comedias, bailes y otras diversiones, responde airadamente que lo que realmente debe hacer es alejarse del heterodoxo facultativo y consagrarse al rezo. El alejamiento del siglo y su corrupción (manifestada en el teatro, el baile, etc.) será, como en tantos otros correligionarios suyos, empezando por fray Diego, el lugar común más citado en todos y cada uno de sus sermones.

Desde estos supuestos están escritas las cartas que dirige a capellanes, monjas, novicias. No hay que olvidar que el siglo XVIII no es solamente el de las luces o la razón sino, en buena medida, el de los supuestos milagros en lo que a España se refiere. La Inquisición tiene buen trabajo con la contención de beatas que en ocasiones alcanzan casi un culto público. Y como hiciera Feijoo, no son escasas las veces en que, pluma en mano, Santander se enfrenta a pretendidos milagros cuya consulta le es sometida. Una vez, es un capellán al que tiene que solucionar el problema que le plantea una monja, que decía comulgar directamente de Jesucristo y los ángeles y solicitaba una doble comunión; Santander indica al religioso, a medias convencido del milagro, que ordene a la monja se enfrente a la aparición para recordarle que los cristianos sólo tienen que comulgar por mano de los ministros de Dios y que, en tanto no supere la crisis de las apariciones, fuera empleada en los quehaceres manuales más duros del convento. Otra vez, es una pretendida aparición milagrosa del Niño Jesús en el obispado de Oviedo; otra, en fin, se burla de una serie de prodigios y milagros en tierras burgalesas. Casi siempre, a corto plazo los hechos terminan por darle plenamente la razón. Critica asimismo unos villancicos indecorosos que se cantaban en la catedral de Zamora.

Siempre está presente en él la imagen, del clérigo como miembro consagrado a la religión para utilidad del todo social. Por eso denuncia abiertamente en sus colegas «el horror al estudio, a la oración,

al púlpito, al confesonario» (16). De buena gana suscribe la máxima ilustrada de que el hombre ocioso es hombre muerto para el Estado y, según él añade, para el reino de Dios. «Luego que omitiendo el fructuoso trabajo—afirma, por ejemplo, en un sermón (17)—, deja el hombre de oponerse a su natural inclinación viciosa, se hace aborrecible a Dios, inútil a la Iglesia, perjudicial al Estado y gravoso a todo el género humano con la manutención de un individuo sin provecho.» Y en otro sermón, en que curiosamente cita frente a la incredulidad y en favor del Evangelio unas frases tomadas en *El Emilio*, de Rousseau, vuelve a la carga contra aquellos que se conforman con «ser un mueble inútil en la sociedad» (18). La mayor desconfianza, empero, va dirigida hacia la falsa vocación de quienes buscan en un convento la solución cómoda y transitoria de su existencia. A una novicia en que cree no encontrar vocación, le incita a salirse inmediatamente del convento, cualquiera que fuese la reacción de la sociedad. La carta con que previene al magistral de la iglesia de Mondoñedo, el 4 de febrero de 1795, contra este hecho no puede estar revestida de un tono más desafinado. «Hay muchas haraganas—le dice (19)—, que por huir del trabajo aparentan vocación al estado religioso, empavan algún clérigo rico para que las mantenga o agracie el dote, y después de pasar algunos años de vida ociosa, se casan con cualquier zascandil que las pretende.» Por eso le recomienda que destine sus limosnas: primero, a los jornaleros sin empleo, a los artesanos enfermos y a las viudas desamparadas.

En su celebrada misión en El Ferrol, da nuevas pruebas de este espíritu. Escribe al ministro de Marina proponiendo varias reformas y, entre ellas, habida cuenta del desnivel entre la atención religiosa de la población urbana, sin confesores, y los ociosos conventos cercanos, propone que los monjes de éstos se trasladen a El Ferrol donde serían tan útiles. Los argumentos son tajantes: «parece una cosa justa que sirva al Estado quien come y se mantiene del Estado» (20).

La visión de la sociedad en fray Miguel de Santander responde, pues, del todo a la de los reformadores ilustrados, cuyos puntos de vista suscribe repetidamente. Tal vez con mayor intensidad que nunca, cuando expone ante sus paisanos montañeses la precisión de formar y consolidar una Sociedad Económica. La perspectiva desde la que con-

(16) FRAY MIGUEL DE SANTANDER: *Cartas familiares y algunos otros opúsculos en prosa y verso*. Madrid, 1805, p. 25.

(17) MIGUEL DE SANTANDER, sermón XV: «Sobre la ociosidad y el trabajo», en *Sermones panegíricos*, II, p. 260.

(18) FRAY MIGUEL DE SANTANDER: «Sermones contra las causas de la incredulidad», en *Sermones dogmáticos*, t. I. Madrid, 1805, p. 317. La cita de Rousseau, en p. 293. Por lo demás, el sermón es de franco tono conservador.

(19) FRAY MIGUEL DE SANTANDER: *Cartas familiares*, p. 249.

(20) *Ibidem*, p. 35.

templa la fundación Santander es la de la alta burguesía periférica, surgida del crecimiento económico de las últimas décadas, lo cual explica su posterior adhesión a un pensamiento político marcadamente liberal. La Sociedad significa ante todo, para Santander, «la abundancia de caudales reunidos en una masa común», y los ejemplos que sigue de beneficiosos efectos en actuaciones similares son los de Cataluña, Aragón, Valencia, Vizcaya, es decir, las regiones que integran la periferia protagonista de la nueva situación económica. Por contraste con Santander, cuya emigración preocupa al fraile hasta el punto de solicitar del ministerio que perdieran la nobleza quienes marchasen a vivir fuera de la provincia. «¿No veis —exclama (21)— cómo sus fábricas se multiplican, sus manufacturas se aumentan y que los paños, las sedas, los lienzos y otras materias se van acercando a su última perfección?» Lo que él defiende es la industrialización y auge comercial de la Montaña, apoyados en el poder económico de los partícipes de la Sociedad Patriótica. Frente a la vigente situación de estancamiento apoyado en la desigualdad —ociosidad en los privilegiados, trabajo insostenible para los más—, les propone que lleven a cabo esa transformación, favorecida por la nueva circunstancia técnica: el maquinismo:

«Cuando la masa común de los talentos, los caudales y los frutos se multiplique, vosotros mismos, sin que nadie os ponga espuelas, echaréis mano de ciertos artefactos que facilitan las manufacturas, ahorran brazos y hacen menos costosos los trabajos» (22).

La sociedad es concebida por Santander como una organización que el hombre constituye —en sus aspectos político, militar, comercial, educativo, de placer, familiar y religioso— para la propia utilidad. En este sentido se expresa en la citada disertación y en una interesante referencia a «la vida social», que figura en carta escrita a un amigo comerciante. «Ella es verdad que nos priva de cierta libertad primitiva, casi siempre perjudicial a nosotros mismos y a nuestros semejantes, por el desorden de nuestras pasiones; pero en cambio nos enriquece con el dulce trato de los hombres virtuosos.» Sigue el elogio de su amigo y la contraposición con el noble, caracterizado como uno de esos «hombres perjudiciales», a quienes «la religión, la verdad y la justicia los condenan al mirarlos comer lo ajeno, vestir lo ajeno, jugar lo ajeno y abarrancar sus casas»; mientras que él ha sabido ser «de aquellos útiles y virtuosos ciudadanos que se agencian su felicidad

(21) FRAY MIGUEL DE SANTANDER: «Discurso sobre la institución de una sociedad patriótica en la ciudad de Santander», en *Sermones panegíricos*, II, página 337.

(22) *Ibidem*, p. 342.

trabajando en la de sus compatriotas», dando ejemplo con su actividad comercial a «millares de brazos de cultivadores» (23).

Si las simpatías de fray Miguel de Santander se dirigen hacia los burgueses ilustrados, la estimación de la desigualdad vigente no podía dejar de preocuparle. «El hombre—escribe (24)—, a pesar de todos estos esfuerzos, experimenta con todos sus sentidos la suma indigencia en unos y la excesiva superfluidad en otros individuos de su misma naturaleza.»

Y en otros ámbitos, más cercanos a su actuación como religioso, el desencanto es todavía mayor, según nos revela la correspondencia intercambiada con su sobrino. Como resultado de la que él mismo califica de «vida aperreada y poco quieta», terminando el siglo se da cuenta de la esterilidad de su esfuerzo. Habría que conocer las cartas inéditas para pesar justamente esta decepción: las que tenemos se limitan a apuntar su existencia. «Cuántas veces—confiesa el 26 de noviembre de 1794—, en medio de la Iglesia y rodeado de una numerosa clerecía, ha prorrumpido el espíritu de tu tío en gemidos inconsolables... Veinte años ha gastado en procurar la reforma de este estado y, ¿qué ha conseguido? (25). La práctica está lejos de ofrecer la adecuación de la realidad social al orden natural y divino; como buen ilustrado, piensa Santander que la conducta del hombre debe identificarse con las leyes de la naturaleza, no siendo éstas meramente tales, sino «leyes de la Naturaleza y el Criador».

En otra carta discute acerca de la religión natural, tal y como la propugna Valney, y que el joven sobrino defiende. «Me dices—responde (26)—que la religión de todos los hombres sería la natural. Ojalá siguiéramos a la razón desnuda, limpia y verdadera.» Su esquema mental no separa razón y revelación; su orden natural es el secularizado por el pensamiento racionalista, sólo que querido y formado por Dios, de manera que la luz divina termina por identificarse con la razón natural secularizada cuyas leyes rigen el universo. No es extraño, por tanto, que el escrito se cierre con unas frases en la mejor tradición del cristianismo ilustrado español, desde Feijoo a Díaz de Valdés:

«Dame su observancia en todo el universo y formarás de todos los hombres una asamblea universal, presidida por dos legisladores, los más sabios que el entendimiento humano puede figurarse: la razón y

(23) FRAY MIGUEL DE SANTANDER: *Cartas familiares*, pp. 291 a 293. Fechada a 24 de julio de 1800, en los Capuchinos de Toro.

(24) FRAY MIGUEL DE SANTANDER: «Discurso», cit., en *Sermones panegíricos*, II, p. 333.

(25) FRAY MIGUEL DE SANTANDER: *Cartas familiares*, p. 244.

(26) *Ibidem*, p. 257. Fechada en el 12 de agosto de 1797.